

El barón no tuvo cuenta de ello.

—Y Brichard, ¿qué te contestó?

—Que estaba á la disposición del señor barón.

—De modo...

—Y que no haría más que obedecer.

—Que le busquen, y le traigan en seguida.

—El señor barón le ha dejado á las seis.

—Próximamente... No quiero que se cumpla esa orden... No lo quiero... ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. Me atrevo á decir al señor barón que tiene razón.

—¡Basta de desgracias, Próspero!... ¡basta de desgracias!

—El señor barón hace mal en atormentarse ahora á propósito del señor Dan-tenac.

—¿Lo crees así?

Ese señor debe estar á estas horas durmiendo tranquilamente en el hotel Louvois... Si el señor barón quiere creerme, mañana será tiempo de dar el aviso.

El viejo Mosés respiró.

El criado parecía tan tranquilo, que el amo á su vez se tranquilizó.

Precisamente en aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

Lagrippe sufrió un estremecimiento involuntario.

—El señor barón quería llamar á Brichard—dijo.—Creo que estará usted satisfecho, pues si no me engaño el que llama es Brichard.

El era en efecto.

Entró.

Brichard era un hombre sereno. La costumbre de su oficio había bronceado su alma, si la podemos dar ese nombre.

No parecía emocionado ni agitado por ninguna impresión extraña.

Si había asistido á la rápida escena del puente de las Artes, su emoción, caso de tenerla, había desaparecido por completo.

Su rostro innoble, oscurecido por una barba de tres días, respiraba la alegría, la codicia satisfecha, el triunfo en un negocio feliz.

El barón se estremeció.

Murmuró, presa de una cruel ansiedad:

—Quería hablarle á usted, Brichard... á propósito de ese asunto...

—Ya sé, señor barón.

—¿Vió usted á Próspero esta mañana?

—Me ha transmitido sus órdenes, señor barón.

Sonreía como hombre contento de sí mismo y que piensa hacer efecto.

De pronto estalló:

—¡Ah! El señor barón dudaba de mí. El señor barón me reprochó una vez mi lentitud á propósito de una joven que no podía descubrir... He tomado mi revancha, el señor barón va á convencerse, y sin embargo, se trataba de un negocio bastante difícil.

El viejo Mosés sentía que le estallaba la cabeza.

—Explíquese usted—ordenó.

Brichard obedeció lentamente, recalando sus palabras.

—Creo que el señor barón me hará justicia... El señor barón puede dormir tranquilo... no tiene nada que temer del hombre que le preocupaba.

—¿De modo que ha visto usted á ese Dantenac?

—Si, señor; sin molestia ninguna... él mismo ha facilitado mi misión. Yo creía que tendría para algunos días... Pero nada, esta misma noche estuve esperando en la calle de Visconti... ¡Por algo me gustaba á mí aquel sitio! En efecto, Dantenac llegó. Yo había tomado mis medidas...

—¿Y entonces?

—Entonces, mire usted lo que ha pasado. A las once salió de la casa que usted conoce, para dirigirse á la calle del Sena. No había ni un alma por las calles. Caminaba con bastante dificultad, ya sabe el señor barón por qué. Esperó un coche durante algunos minutos, pero inútilmente. Se decidió á marchar, y, como yo me había figurado, fué á pasar el puente de las Cortes. No aconsejaría al señor barón que pasase por allí tarde, á menos de ir bien acompañado.

—La noche estaba muy buena—objetó Próspero.

—Únicamente un poco de bruma—dijo Brichard.—Dantenac llegó á la mitad del puente y se detuvo á ver correr el agua. Hizo muy mal. Hé aquí lo que yo mismo

he podido ver. Un bribón vestido de guardia de paz, que iba siguiéndole, se aprovechó de aquella parada. Se acercó rápidamente á él, como hombre que lleva prisa. Nadie se veía en toda la extensión del puente. Aquel, era evidentemente, un falso guardia de paz. Al pasar al lado de Dantenac, que se inclinaba imprudentemente al otro lado de la barandilla, le asestó un golpe capaz de aniquilar á un buey. El pobre señor no dijo ¡ay! y el cuerpo se volvió al otro lado del parapeto y cayó en el agua negra y fría. El señor barón se convencerá ahora de que el asunto está terminado.

Brichard se detuvo.

Próspero Lagrippe apretaba los labios. Las cejas del viejo Mosés se juntaban; sus dientes chocaban con cólera.

—¡Toda la verdad!—ordenó duramente.

Brichard venteó la tempestad y replicó:

—Acabo de decírsela al señor barón.

—¿El falso agente era usted?

Brichard sonrió irónicamente.

Aunque así fuera—dijo,—el señor barón convendrá conmigo en que yo no había de decirlo.

—¿De manera que ha matado usted á ese hombre?

—Si lo he hecho, el señor barón no debe quejarse, puesto que lo he hecho por orden suya.

—Ha interpretado usted mal algunas palabras vagas, pronunciadas en un momento de cólera.

—El señor barón se engaña. Las instrucciones eran formales; hasta el precio estaba convenido.

Y Brichard añadió con cierta firmeza:

—Por el momento, no falta más que arreglar la cuenta. El asunto está terminado, y bien; me atrevo á decirlo.

El viejo Mosés se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Brichard se manifestaba muy respetuoso en la forma; pero en el fondo, el viejo Mosés comprendía que el antiguo polizonte jugaba con él, como el gato con el ratón.

La cólera y el miedo le habían llevado lejos, á él que de ordinario decidía en todas sus cosas con tanta reflexión.

Cambió de actitud, pareciendo tomar una determinación aceptando los hechos consumados.

—¿De manera—dijo—que abandona usted mi servicio, Brichard?

—En efecto, estoy decidido señor barón. Las emociones fuertes no me agradan... Necesito descanso.

—¿Es decir, que se encuentra usted bastante rico?

—Algo de eso influye en mi resolución.

—¿Cuánto tiene usted ahorrado hasta ahora?

—Poca cosa, señor barón. Hay que vivir y la vida es cara.

—¿Pero cuánto?

—Unos veinte mil francos, todo lo más, en diez años,

—Es una miseria.

—Esa es la palabra, pero yo no soy ambicioso... Además, el negocio de hoy es mejor...

—¿Qué piensa usted recibir?

Brichard lanzó una mirada á Lagrippe, que se hizo el distraído.

El normando había reflexionado.

Decididamente, los negocios peligrosos no le seducían. Prefería abandonar el beneficio y los riesgos á los demás.

En caso de necesidad, seguramente hubiera sido menos escrupuloso, pero tenía abundantes recursos.

Como otros muchos, se volvía casi virtuoso al ser rico.

Brichard, reducido á sus propias fuerzas, dijo mirando al banquero:

—El señor barón creo que ha hablado de ciento cincuenta á doscientos mil francos.

—¿Y bien?

—Yo creo que el señor barón no vacilará en aumentar la suma.

—Es usted exigente, Brichard.

—Creo que es la única ocasión en que puedo serlo, señor barón.

—¿Eso es una amenaza?

—El señor barón haría mal en creerlo; pero creo que á nadie le está prohibido defender sus intereses. Ya se lo he dicho al señor barón: este será mi último negocio... quiero que sea bueno.

A su vez el viejo Mosés consultó con la mirada al normando,

Lagrippe esta vez, ayudó á su compañero.

No pronunció una palabra, pero con un gesto expresivo, hizo comprender al banquero que no tenía más remedio que someterse.

El barón se resignó.

Más valía dejar un pequeño girón de su fortuna en manos del bribón, que crearse un enemigo de aquella importancia.

—No se lo reprocho á usted—dijo;—ha comprendido usted mal mis intenciones y obrado con demasiada rapidez. Tendrá usted su dinero... trescientos mil francos. ¿Es bastante?

Brichard se estremeció de alegría.

—Si le parece al señor barón—dijo.—Yo no puedo discutir con él.

—Pues bien, mañana aquí mismo, se los entregará Lagrippe. ¿Le basta á usted mi palabra?

—Perfectamente, señor barón.

—¿Y me abandonará usted?

—Así pienso, señor barón; pero si necesita usted mis servicios, fácilmente me podrá encontrar.

—Está bien.

Brichard salió encantado; pero no anduvo mucho.

En el piso bajo, al lado de la escalera, dos criados estaban perezosamente tendidos en anchas banquetas.

La luz eléctrica y el gas brillaban por todas partes, iluminando el inmenso pórtico donde se mezclaban el púrpura y el

onix con las diversas coloraciones del marmol.

Brichard pasó, siguió dos corredores cubiertos de alfombras magníficas y llegó á la puerta de un pabellón situado en el final del hotel.

Llamó.

Una doncella salió á abrirle.

—¿El señor barón está visible?—preguntó el polizonte.

—Ha preguntado por usted lo menos diez veces en media hora. Pase usted.

—Está solo.

—Solo.

Jacobo Mosés descansaba tendido en la cama, en una habitación inmensa, soberbia, con un lujo verdaderamente oriental.

Cuando se presentó Brichard, se incorporó á medias.

—¿Y bien?—preguntó.

—Está hecho, señor barón.

—¿Ya?

—Se ha presentado una ocasión y la he cogido por los cabellos.

—¿Ese Dantenac?

—El señor barón no debe dudar de mí. A estas horas duerme un sueño demasiado profundo.

—¿Dónde?

—En el Sena, cerca del Instituto.

—¡Demonio! Por ahí hay mucha circulación, Brichard...

—Razón de más para que pueda creerse en un suicidio, señor barón. Eso es lo que

pasará. Nadie puede impedir que un loco se tire al agua...

Jacobo Mosés reflexionó durante diez segundos. No tenía los mismos escrúpulos de su padre.

Su rostro expresaba una alegría venenosa; la de la venganza satisfecha.

—Me fío en usted, Brichard,—dijo—y pago al contado.

Y pasando la mano bajo su almohada, sacó dos paquetes de billetes de Banco.

Había doscientos.

—Usted lo contará, Brichard. Si hay error, se reparará. Somos honrados y generosos, pero nos cuesta poco. ¡Podría creerse, en verdad, que las paredes sudan dinero en esta casa!

Los dos bandidos estaban tan tranquilos como si no se tratara de la vida de un hombre.

Brichard se guardó los billetes y se retiró.

Al día siguiente del atentado del puente de las Artes, el tren rápido de la noche, que salió de la estación de Orleans, se llevaba á Marieta y Benedetta, que se dirigían á Marignac.

Iban solas.

Benedetta, abatida y silenciosa, como esas enfermas que una fiebre lenta y pertinaz consume, extinguiendo sus ideas, iba sentada al lado de su hermana con la cabeza apoyada en su hombro, mientras Marieta la contemplaba de cuando en cuando con apasionada ternura.

Pronto cayó en un profundo sueño.

Entonces Marieta sacó de su corsé una carta, que leyó detenidamente, para penetrarse completamente de su sentido.

Estaba escrita por Pedro Dantenac.

«Mi querida Marieta:

»Esta carta es para tí, para tí sola.

»Si la enseñaras á alguien, me expondrías á los mayores peligros.

»He sido víctima, anoche, de un odioso atentado.

»Un verdadero milagro me ha salvado por segunda vez.

»Para todo el mundo, y para los que han atentado contra mi vida, estoy muerto.

»Al menos yo, quiero dejarles en esa creencia.

»No trates de comprender más.

»Márchate sin tardanza á Marignac.

»Dentro de poco tiempo recibirás noticias mías. Mientras tanto, no estés inquieta.

»Te remito un billete de mil francos.

»Que no me busquen, y procura que se hable poco sobre mí y sobre mi historia.

»Es el único servicio que espero de tí hasta el momento que vuelva á verte, y que será la hora del castigo.

»Hasta muy pronto.

»Te abraza como un hermano, tu amigo

»PEDRO DANTENAC,

»P. D. ¿Te haces cargo? Para todo el mundo estoy muerto. ¡Silencio!»

Esta última palabra estaba groseramente subrayada.

—¡Pobre Pedro!—murmuró Marieta.— ¡Que se cumpla su voluntad... ¡Si me hubiera hecho caso!

XVIII

Resucitado

Han transcurrido tres semanas.

El marqués Huberto de Causédé estaba de malísimo humor. No lo dejaba comprender, gracias al dominio que tenía sobre sí mismo, y que ha sido el mejor auxiliar de la diplomacia en todos tiempos.

La borrasca que había estallado sobre sus amigos los Mosés se iba apaciguando. Apenas si quedaban algunos vestigios.

De todos modos, no había castigado á los que él tenía interés en hacer desaparecer.

Sólo habían sucumbido inocentes ó comparsas.

Jacobo Mosés estaba curado hacía mucho tiempo.

De la escena que tanto había hecho sufrir á su orgullo no conservaba más que una frialdad más altanera, una dureza más cruel, una sed de revancha que se extendía á la humanidad entera, como si hubiera hecho causa común con aquel

desgraciado Dantenac en su lucha contra él.

El viejo Mosés tenía algunos momentos de debilidad y de duda.

No estaba seguro de su poder, que se había acostumbrado á considerar sin límites.

El secreto duelo en que le había sumido el trágico fin de Matilde, no era conocido más que de él sólo.

La joven había encerrado su secreto en la tumba. El no se lo revelaría á nadie.

Pero pronto trató de distraerse cediendo á la más vehemente pasión que se puede abrigar en el corazón de un hombre que entra á grandes pasos en la vejez.

Su mirada sombría se dirigía sin cesar á las lejanas regiones donde se había retirado Benedetta.

Contaba los días y las horas del plazo convenido entre ellos y aceptado por su víctima.

No era la reciente tumba de Matilde, no era la salud de su hija Raquel, que declinaba de día en día, lo que le tenía preocupado; era aquella casita blanca del arrabal de Astos, allá en los Pirineos, donde Benedetta se había refugiado, y á veces se reprochaba amargamente por haberla concedido su libertad.

Hubiera querido tenerla á su merced, entre sus manos, y el tiempo trascurriendo perezosamente, le irritaba y se le antojaba interminable.